

## CONCLUSIONES FINALES

Quien aborde la figura del obispo bético nunca debe olvidar: que Gregorio de Elbira es un «re-descubrimiento» relativamente reciente de la crítica moderna. *Que la fijación de su patrimonio literario se hizo en el siglo XX. Que todavía desconocemos muchos detalles de su biografía y que no estamos seguros de conocer la totalidad de su producción. Todo esto hace que el tema sea mucho más importante de lo que a primera vista pudiera parecer.*

Durante mucho tiempo se ha pensado en san Gregorio y en su obra como algo *únicamente* importante para la historia del dogma, la Iglesia de la Península Ibérica o algunas incidencias hispánicas de la crisis arriana que conmocionó el Imperio. *Esto ya no puede mantenerse únicamente así.*

El hecho de que Gregorio de Elbira haya sido un Padre de la Iglesia ha supuesto una gran cantidad de estudios centrados en sus aspectos doctrinales y teológicos que si no nos han distorsionado su imagen, han contribuido al menos a cierta marginación desde el campo de los estudios históricos que pudiéramos llamar civiles o meramente culturales. *Se impone un cambio de actitud hacia la obra gregoriana.*

Cambio de actitud, porque: el estudio de la obra y la época del obispo bético nos ha proporcionado una imagen, que por desgracia no puede ser exhaustiva, pero *sí sugerente* y que permite plantear problemas referentes a la ideología que anima a la sociedad hispánica de la segunda mitad del siglo IV y su conexión con el resto del Imperio Romano y sus problemas.

A lo largo del trabajo que hemos realizado observamos, cómo tiene lugar un *proceso creador de cosmoviones*, que se formulan en la Bética romana, región conectada al resto del Bajo Imperio y que conoció el fortalecimiento de la Iglesia con el auge del episcopado y su asimilación al poder estatal al tiempo que se consumaba, lentamente, la descomposición interna del poder civil, frente al cual es la institución eclesiástica la que se alza como alternativa, que nace del Imperio, y a costa de él.

*Gregorio de Elbira es un exponente de esta situación nueva, de este momento histórico nuevo, y su obra representa la materialización de la ideología naciente que mira en dos direcciones claras y complementarias: hacia el interior del hombre, y hacia la trascendencia inspirada por Dios. Y esto es lo que nos dice que nos encontramos en una nueva época histórica. Las*

preocupaciones de corte religioso están suplantando la vieja concepción de *ciuitas* y están proporcionando otra completamente nueva, una *ciuitas* celestial. *De lo que se trata de una «remitologización» de la realidad, del espacio, del tiempo, de las categorías de poder y hasta del idioma.* Es testimonio de un *cambio social* y de *mentalidad*, en el que triunfa la desconfianza en la razón. No hay que esperar a san Agustín para ver algo que ya nos encontramos en Gregorio de Elbira casi en todos sus términos. En Oriente idéntica concepción se aprecia en Juan Crisóstomo.

Lo que Gregorio de Elbira nos muestra para la Bética del siglo IV, es una parte integral de la realidad del mundo romano. Es por ello por lo que el desarrollo de esta tesis parece haberse ceñido únicamente a la «ideología», pero no se trata de una visión limitada, sino de la única posible en una fuente histórica como son los tratados exegéticos y teológicos del obispo iliberritano, *donde la realidad parece como si se diera por supuesta*, y el asunto a tratar fuera siempre pura *ideología*, con una ausencia de lo *racional*, de lo *descriptivo*. Lo que importa es el destino del hombre y de la comunidad de acuerdo con los planes de Dios.

Gregorio de Elbira nos ofrece información en estado puro, aunque a veces sea difícil de interpretar porque no hace una relación *puramente histórica en términos de fechas y nombres propios*, para un rincón del Imperio Romano en el que la investigación ha sufrido siempre la servidumbre de la pobreza de datos y escasez de fuentes. *La Bética bajo-romana tiene*, precisamente por esto, *que dejar de ser un enigma histórico o un terreno resbaladizo* y de constantes inseguridades. Es *la mentalidad de una época* lo que vemos en los escritos gregorianos y esto no debe ser perdido de vista.

Podemos observar el proceso firme de *mundanización* del episcopado y su interferencia en los asuntos de la cancillería imperial. Es el mundo que vio la redacción del *Libellus precum*. El propio obispo iliberritano es uno de los protagonistas en lucha por la primacía del episcopado y por sancionar su autoridad indiscutible en la interpretación del texto bíblico desde la ortodoxia nicena, cimentando así un discurso único, sólidamente vinculado con las esferas del poder, incluso en momentos de grave conflicto y crisis, cuando parece que el monopolio de la verdad religiosa cambia de manos «nicenas» a manos «arrianas». El autor del *De Fide* vive la misma época conmocionada que Hilario de Poitiers, autor del discurso contra Constancio, y ambos comparten argumentos y autoridad para imponerse una vez consumada la derrota política del subordinacionismo.

En este momento la cultura se convierte en pura exégesis bíblica, y la interpretación de las Sagradas Escrituras se convierte en algo central. La hermenéutica es ahora exégesis, y además exégesis bíblica. Interpretar la Escritura es una cuestión sapiencial, el significado que Dios ha dado a las Escrituras está provisionalmente oculto. La lectura piadosa y competente guía al intérprete de la Biblia, para la explicación e ilustración de la misma a los fieles. Descubrir el significado de la Escritura equivale a convertirse en maestro de la Verdad. El desconocimiento, la impericia y la mala interpretación de la Biblia tienen consecuencias funestas, es el camino a la herejía, y por consiguiente el alejamiento de *societas sacra* en que se ha convertido la Iglesia. Pero lo verdaderamente notable no es sólo la operación exegética por sí misma, sino el esquema mental subyacente a la misma y sin el cual no se explicaría suficientemente, porque la exégesis de este momento histórico responde a una mentalidad sapiencial, a un sistema idealista en el que el mundo y sus componentes se relacionan con armonía, adecuándose y subordinándose de manera sistemática y sin conflicto dentro de una visión totalizante. Este nuevo orden mental, clave en la unificación de la cultura medieval y en su pervivencia hasta época moderna, se

apoderó de las mentes de todos los exegetas y pensadores en un dilatado proceso que va desde el siglo IV hasta el XVIII por lo menos. El esquema que ofrecía parecía sólido, lógico y coherente, aunque desde luego se trataba de la lógica propia de los sistemas idealistas, es decir, perfeccionista y al margen de la vida real. Si primeramente, la historia de la humanidad, reflejada en el Antiguo Testamento, habría ido descubriendo la teología del «resto de Israel» y dentro de ella había nacido y florecido el cristianismo, asistimos ahora a un cambio de esquema, en el que el poder político, que había sido divinizado bajo el paganismo, pudo seguir gozando de su importancia con el cristianismo, de hecho los cristianos lo conciben como un medio providencial en la implantación más eficaz y rápida del Reino de Dios, de manera que quedará establecida para el futuro una dialéctica de razonamiento como la que caricaturizará F. Dostoyewski en la leyenda del Gran Inquisidor recogida en *Los hermanos Karamazov*. Desde el siglo IV también la Iglesia oficial y sus ideólogos cayeron en la trampa del idealismo. Pero ante el evidente conflicto con la realidad, siempre siguieron existiendo «profetas» que quisieron ver y formular el verdadero sentido del Evangelio como teología del «resto de Israel».

Nuestro trabajo ha sido levantar someramente el velo de los caminos por los que avanzó la gran metamorfosis cultural del cristianismo y de toda la ideología política en el siglo IV. El *discurso unilateral en lo político* se apoya en una *nueva antropología conceptual*. El ser humano es incompleto en sí mismo a no ser que se integre en la Iglesia, que le encamina decididamente a la salvación, formando parte integral del cuerpo místico de Cristo. Se acuña una nueva antropología conceptual. Al margen de la utilización de formulaciones heredadas de la carnalidad ireneana o de la espiritualidad origenista (algo puramente teórico), *lo que subyace claramente es lo incompleto que puede llegar a ser el hombre si no se pone en relación con Dios*. En la concepción del hombre de Gregorio de Elbira asistimos a la fundamentación una espiritualidad contemplativa, espiritualidad contemplativa que podemos denominar «monacal», que pone el acento en la espiritualidad, y que va a dominar el panorama de occidente hasta bien entrado el siglo XX. El desarrollo antropológico de la relación con Dios y la configuración de la teología de la gracia ponen el cimiento a toda la vivencia litúrgica de la iglesia post-constantiniana y con ello a toda una dimensión verdaderamente etnográfica de la cultura occidental. El desarrollo penitencial, siempre dentro de las coordenadas de esta antropología, abre el camino a todos los ritos penitenciales cuyo uso es visible hasta época moderna. Así se configura la teología de la jerarquía eclesiástica inspirada en el Antiguo Testamento, y la mentalidad retribucionista medieval

El carácter soteriológico de la fe popular, que determina la *antropología*, también se encuentra presente en la *eclesiología*, que a su vez *repercute en la organización social, cada vez menos curial y más eclesial*. La importancia de la expiación de las culpas y del bautismo como rito purificador por un parte y por otra como vehículo de adscripción a la verdadera comunidad (no hay que olvidar que el bautismo es un rito de paso en toda regla con una serie abundante de elementos simbólicos asociados) nos lleva ante un nuevo concepto de *populus*. Mediante el bautismo se entra a formar parte de la verdadera comunidad, del verdadero *populus*, desprovisto ya de maldades pasa a ser propiedad divina previa renuncia del mundo, vecino de la, muerte, física y espiritual. Este orden de cosas lo vemos claramente reflejado en Gregorio de Elbira. La iglesia se convierte una sociedad «perfecta», cuya perfección es mucho más exigente desde el punto de vista doctrinal y moral, de lo que lo fuera el mundo de los profetas o el de los patriarcas. Con Gregorio de Elbira se va preparando el camino cuyas consecuencias sacaron San Juan Crisóstomo en Oriente y San Agustín en Occidente con su doctrina sobre la Ciudad de

Dios. Ya a partir de tales conclusiones la sociedad se define desde la unidad política e ideológica, sin posibilidad de contestación hasta las modernas revoluciones burguesas. El pueblo cristiano es la reunión de la familia creyente, caracterizada de *plebs sancta*, que concibe la *ecclesia* en términos de soteriología finalista. Es bajo la sólida protección de la comunidad donde se puede esperar el fin del dominio temporal del demonio sobre los asuntos del mundo. Éste es ahora el verdadero puerto de refugio de la humanidad frente a las encrespadas aguas del mundo, la exégesis del arca de Noé tiene ahora esta significación actualizante, la espera a la bajada de las aguas, esto es, al triunfo definitivo de Dios sobre los poderes temporales y los enemigos de su Iglesia. Así la exégesis eclesiástica de san Gregorio, verdadera teoría política en germen, sienta las bases de la sociedad medieval, unitaria, sacral, piramidal y coactiva. Si además tenemos en cuenta su concepción complementaria de la guerra como algo sacralizado, podremos entrever los fundamentos de una incipiente coacción por la fe y las exigencias que ello comporta. Si bien todo esto aquí no llega a desarrollarse hasta sus últimas consecuencias, sí ocurrirá, como decimos, en la generación siguiente de san Juan Crisóstomo y san Agustín.

En medio de las amenazas que se ciernen sobre la comunidad se alza la figura del obispo san Gregorio, autorizado *guardián de la sabiduría*, que se complace en verse a sí mismo como el buen cuidador de la viña, que la cuida de las malas hierbas y alimañas, judíos, gentiles y herejes. Este es el cometido que se marca para sí el obispo de Elbira. Su concepción de la *ecclesia* como pueblo ex-gentil, que es el nuevo pueblo elegido y que ha venido a sustituir al periclitado mundo judío, le induce a permanecer en guardia y a seguir apartándolo de otras opciones, digamos, «desviacionistas», como pueden ser las herejías de las que habla el obispo bético, como los antropomorfitas, o los distintos arrianismos, cuya repercusión exacta en la vida cotidiana de la Bética no es fácil de determinar.

Gregorio de Elbira se esfuerza en darnos su imagen ideal de comunidad unida en la fe, fuera de la cual subsiste la turbación de las supervivencias paganas (aunque una gran parte de la cultura hermenéutica cristiana se formó en las escuelas paganas, y no cabe aquí hablar de «supervivencia», sino de *continuidad*, e igualmente se puede decir en el caso de la influencia de la filosofía pagana, sobre todo platónica, en los Padres), los errores heréticos (que son una fuente de graves preocupaciones) y el enfrentamiento ideológico y teórico con la tradición judía. Esta «periferia» del cristianismo está completamente caracterizada en la obra del obispo bético. En la filosofía histórica del Eliberritano y en sus planes finalistas se contempla el «arrepentimiento» de la Sinagoga y la entrada del pueblo judío en el seno de la comunidad cristiana, indicio último de la victoria final de la Iglesia de Cristo sobre sus enemigos. *Esto es en realidad una filosofía de la Historia. Por lo tanto, una nueva concepción del tiempo.*

La unidad en la fe también es defendida por la sangre de los mártires. La exaltación del martirio, máxime en momentos conflictivos, con destierros, procesos y enfrentamientos recientes en la mente de todos, se convierte en un criterio de defensa de la Verdad. La alusión a los judíos a punto de ser quemados en el horno de Nabucodonosor se interpreta actualizando su significado y siempre se hace mención al verdadero mártir del cristianismo, que es el propio Cristo, figuradamente el león muerto por Sansón, en cuyas fauces las abejas forman un panal; o las desgarradas ropas de José, que preludian la expansión del mensaje evangélico después del martirio del Redentor. Los propios fieles son metafóricamente para san Gregorio como los rojos granos de una granada, unidos fuertemente por la sangre derramada de sus mártires. No podría ser de otro modo desde una concepción salvífica de la existencia, que ha conocido la dominación «arriana» tras la muerte de constantino y la «restauración» pagana de Juliano.

En la obra de Gregorio de Elbira se plasman los conflictos y los prejuicios de una época así como las soluciones que se formulaban ante estos. Si bien para la crítica moderna la teología gregoriana presenta cierta tendencia al arcaísmo al recurrir a lugares comunes del pensamiento religioso del siglo II y sobre todo al servirse del método alegorizante. Pero no es menos cierto que en esta época la Península Ibérica se encuentra perfectamente unida al circuito imperial y que precisamente la obra de Gregorio de Elbira demuestra la cotidianidad de debates teológicos y por tanto *la conexión de Hispania con el resto del Imperio, singularmente el occidente latino del que forma parte integrante*.

Los sucesivos enfrentamientos en Hispania entre obispos ortodoxos y obispos transgresores de los que se hace eco la hagiografía luciferiana, donde incluso logra que el vicario imperial Clementino doble literalmente la rodilla, atemorizado, en su presencia y sea incapaz de condenarle en juicio civil, y que sitúan al obispo bético en un papel, no central, pero sí lo suficientemente destacado, son indicio más que *suficiente para hablar de Hispania en los términos que se deben emplear para referirse a una sociedad urbana con elites episcopales*. Aquí, como en todo el Imperio romano, *la figura del obispo se ha sacralizado, es un exegeta inspirado y un theios aner*. Un juez terrenal no es suficiente para poder con un siervo de Dios. Paradójicamente, el obispo de la baja romanidad se sirve del viejo modelo social de las magistraturas, las cuales van dejando espacio ante este nuevo y pujante poder, y reivindica para sí las tradicionales virtudes de la *paideia* más tradicional: la *grauitas* y el *decorum*.

La controversia «arriana» marca, como se ha dicho, el inicio de la reflexión teológica documentada en Hispania, con el precedente el concilio iliberritano, lo cual es posible gracias a la existencia de obispos en los centros urbanos que conocen lo que pasa en resto del Imperio y participan de ello. Acaso el viaje de Gregorio de Elbira a Cagliari para entrevistarse con Lucifer no sea una pía fabulación luciferiana como se puede llegar a pensar, ya que perfectamente pudo tener lugar.

A partir del siglo IV, el discurso de la cada vez más poderosa «monarquía episcopal» (en sentido ideológico y teológico, no en sentido político), con sus influyentes miembros ejecutivos se asimila al poder imperial y va diseñando la imagen de un *Cristo caudillo que, Gregorio de Elbira califica de dux y de imperator*. La imagen de Cristo como rey del Antiguo Testamento halla asimismo su correlato en la conceptualización del emperador en términos davídicos y veterotestamentarios a partir del siglo IV. Es una especie de *revolución política* paralela a la *revolución lingüística* detrás de las cuales está la cada vez más fuerte biblicización de la sociedad desde las más elevadas cumbres de las esferas políticas y religiosas hasta los más bajos integrantes de las clases populares, como atestiguan fuentes literarias y epigráficas. *Mientras que, como hemos dicho, la hermenéutica se ha convertido en exégesis, en exégesis bíblica, la mentalidad popular se ha hecho soteriológica*.

Gregorio de Elbira participa, pues, de un estado de cosas cuya mirada ha dejado de ver el mundo circundante como la realidad permanente, eterna e increada de los tiempos del paganismo, para contemplarlo desde la mundaneidad y la transitoriedad de una situación pasajera, breve lapso de tiempo que separa al pueblo creyente de la reconciliación con su creador y la satisfacción de las culpas tan largo tiempo mantenidas.

Es pues un mundo *reconcentrado en sí mismo* cuya cabeza es el obispo capaz de recordar, como hará san Ambrosio, que el mismo emperador está en la Iglesia pero no por encima de ella, y que mira con verdadera ansiedad a la realidad trascendente con la esperanza puesta en la redención y la otra vida.

*La figura del emperador tampoco es absolutamente indiscutible en Gregorio de Elbira, el emperador contrario a Dios es ilegítimo y aparece según el obispo bético con los rasgos de un rey babilónico o de un Faraón egipcio, de un tirano. También para Gregorio de Elbira el mundo está temporalmente en manos del Anticristo, ésta puede ser una alusión a la falta de legitimidad del gobierno imperial «arriano», y dejaría ver claramente que las preocupaciones políticas no están ausentes en Gregorio de Elbira. Es todo un mundo la imagen que devuelve el obispo de la Bética. A través de la obra gregoriana se deja sentir igualmente la tensión y sintonía entre la historia particular (la sociedad bética) y la historia general (el mundo latino occidental).*